

## Sentidos de la violencia revolucionaria

**Vera Carnovale**

(Dra. en Historia. Cedinci/UNSAM-CONICET)

Abordaré aquí el problema de la violencia revolucionaria, no ya en sus manifestaciones estrictamente políticas o en sus formas organizacionales sino en sus sentidos más profundos. Lo haré a partir de un texto particularmente representativo de la sensibilidad revolucionaria de los setenta, y, al mismo tiempo, participe de la conformación y el modelado de aquella sensibilidad. Me refiero a *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon, publicado por primera vez en español en 1963, con prólogo de Jean-Paul Sartre.

Advierto que abusaré un poco de las citas, tan sólo para ser lo más fiel posible a la fuerza de aquellas palabras que, como decía, participaron del modelado de una sensibilidad revolucionaria que conjugó humanismo y sangre, una sensibilidad matizada por la conciencia de lo que la violencia cuesta y promete a la vez.

Un primer elemento a considerar de la violencia revolucionaria setentista es que es una violencia que se despliega a partir de la emergencia del Tercer Mundo, en su seno. Una “violencia atmosférica, dice Fanon, que está allí y acá y allí y acá barre con el régimen colonial”. El Tercer Mundo es escenario entonces de esta violencia y también su razón de ser.

Ya no es Europa el epicentro del desarrollo histórico. “Europa hace agua por todas partes”, decía Sartre. Y era ésta una convicción extendida y compartida que indicaba que sólo el camino de la emancipación de esa periferia despojada y oprimida —el Tercer Mundo— pondría fin a un capitalismo en manifiesta decadencia y extinción, dando lugar entonces a nuevas relaciones humanas.

¿Qué ha sucedido?, se preguntaba Sartre; simplemente, que éramos los sujetos de la historia y ahora somos sus objetos, respondía. “La relación de fuerzas se ha invertido, la descolonización está en camino”.

En la misma dirección, Fanon proponía abandonar a "Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina por dondequiera que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo. El Tercer Mundo está ahora frente Europa como una masa colosal. Queremos marchar constantemente, de noche y de día, en compañía del hombre, de todos los hombres. Se trata, para el Tercer Mundo de reiniciar una historia del hombre”.

Un segundo elemento a considerar es que se trata de una violencia milenarista: origen, comienzo de una nueva era, de una nueva historia, de una historia inexorable que ha comenzado a desplegarse con el ingreso en ella de una “gran humanidad”, la de los oprimidos, la de los postergados.

“Ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, le advertía al mundo, en ese mismo año de 1961, el líder de la Revolución Cubana, porque esta gran humanidad ha dicho “¡Basta!” y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá”. Y esa marcha es también invitación, llamado.

“Entremos en la historia, proponía Sartre, para que nuestra irrupción la haga universal por primera vez; luchemos: a falta de otras armas, bastará la paciencia del cuchillo”.

Historia escrita con sangre, con la paciencia del cuchillo o la urgencia del fusil: emerge acá otro componente dador de sentido a la violencia revolucionaria: el ODIO.

Un odio que es, en palabras de Sartre, el “único tesoro” del colonizado. Porque ese odio no es más que la saludable reacción de la violencia de siglos y siglos contra él ejercida. Y acá, entonces, quisiera señalar una dimensión fundamental de esta violencia: se trata de una violencia que se percibe reactiva, un alarido de furia y rebelión, gestado en las tramas más viejas de la historia.

Los oprimidos, asegura Sartre, ni hombres, ni bestias, colonizados, están acorralados entre las armas que les apuntan y esos tremendos deseos de matar que surgen del fondo de su corazón y que no siempre reconocen: “porque no es principio *su* violencia, dice Sartre, es la nuestra, invertida, que crece y los desgarran, y que nos es, sin embargo, sino el último reducto de su humanidad. Nosotros hemos sembrado el viento, él es la tempestad”.

Esa violencia irreprimible no es absurda tempestad, no es resurrección de instintos salvajes, no es siquiera efecto del resentimiento: “es el hombre mismo reintegrándose, dice Sartre, cuando su ira estalla, recupera su transparencia perdida, se conoce en la medida misma en que hace”. “El hombre colonizado, remata Fanon, se libera en y por la violencia”.

Y acá apunto otra dimensión fundamental de esta violencia, contratara o complemento de su dimensión reactiva: la violencia como creación.

Violencia creadora de emancipación: “en los primeros tiempos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre”.

Violencia creadora de humanidad: “Hijo de la violencia, en ella encuentra a cada instante su humanidad”.

Violencia creadora de conciencia -y finalmente de poder- si atendemos a la expresión guevarista de esta corriente del pensamiento revolucionario.

Violencia creadora de hombres nuevos: “La descolonización modifica fundamentalmente al ser, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia en actores privilegiados, recogidos de manera casi grandiosa por la hoz de la historia. Introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización es realmente creación de hombres nuevos”. Así, el hombre nuevo no es ya aquel hijo emancipado del futuro, aquel hombre constructor producto de la nueva sociedad, sino aquel que nace y se hace en el mismo acto de la emancipación y la realización de la historia.

En resumidas cuentas, creación de una humanidad emancipada, creación de conciencia y de poder, creación de una nueva historia.

Violencia, creación, historia: si en Marx la violencia era la partera de la historia, aquí se convierte en el propio vientre que puja.

Resuenan aquí los ecos de Georges Sorel (aunque el propio Sartre se apresure a desconocerlo): la creación como medio de realización del hombre, como camino de la emancipación. La creación como lucha y violencia: la violencia ejercida contra la fuerza, libera; la violencia es el arma de la libertad. Y finalmente, también resuenan los ecos sorelianos en el valor de la acción y la exaltación de la libertad del hombre frente al peso de la historia (volveré sobre este punto más adelante).

Otro de los sentidos que matrizan esta violencia es la fusión del cuerpo individual, del hombre individual en el cuerpo colectivo, representado la más de las veces en la imaginación revolucionaria en la estampa de las masas movilizadas.

Dice Fanon: “para el pueblo colonizado esta violencia reviste caracteres positivos, formativos. Esta praxis violenta es totalizadora, puesto que cada uno se convierte en un eslabón violento de la gran cadena. La lucha armada moviliza al pueblo, es decir, lo lanza en una misma dirección, en un sentido único. La movilización de las masas, cuando se realiza con motivo de la guerra de liberación, introduce en cada conciencia la noción de causa común, de destino nacional, de historia colectiva. Así, la construcción de la nación, se facilita por la existencia de esa mezcla hecha de sangre y de cólera”.

Al respecto, Badiou dirá que el proyecto de creación de un hombre nuevo con el que se obsesiona el siglo es tan radical que en su realización no importa la singularidad de las vidas humanas; ellas son el mero material. Toda subjetivación auténtica es **colectiva**. Un sujeto no tiene esencia; sólo puede ser evaluable en función de una historicidad. No es del orden de lo que *es*, sino del orden de lo que *ocurre*. Por lo tanto, el individuo puede ser sacrificable a una causa histórica que lo supera. Se trata de la disolución o disipación del individuo en un *nosotros*. El reverso de ese sacrificio es la inmortalidad del *nosotros* (cuyo soporte es el hombre nuevo).

Esta dimensión de lo colectivo tiene una materialidad: la movilización de masas, la manifestación (tanto en términos reales como en términos de representaciones e imaginarios políticos).

La manifestación es el sujeto colectivo, el nosotros, dotado de un cuerpo, en el espacio público. Y debe ser leída como la demostración del “podemos cambiarlo todo”. La insurrección es la fiesta final del *nosotros* la acción última de lo fraterno.

Volviendo brevemente al tema de la creación y la historia, de la violencia no ya como partera sino como parturienta, quisiera apuntar tan sólo un comentario respecto del lugar del hombre frente a las leyes de la historia en esta corriente del pensamiento marxista revolucionario.

En los escritos de Marx conviven dos nociones respecto de la relación hombre-Historia:

-aquella que pone el énfasis en la lucha de clases (léase la acción de los

hombres) como motor de la Historia (Manifiesto Comunista, 1948)

-aquella que afirma que la historia avanza a partir de las contradicciones inherentes entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción (Contribución a la Crítica de la Economía Política, 1959);

A partir de entonces, “este intercambio de lo subjetivo y lo objetivo, diría Merleau-Ponty, será el secreto de los grandes marxistas”.

En la corriente de pensamiento -y acción- que nos ocupa, no hay hombre irremediamente aplastado por las leyes de Historia sino hombre hacedor de su propia historia y su destino. “La historia, en palabras de Sartre, fuera del hombre que la hace, sólo es un concepto abstracto e inmóvil. El problema no está en conocer la finalidad de la historia, sino en darle una”.

Badiou le adjudica esta misma noción a la entera subjetividad del siglo XX:

“La idea hegeliana del siglo XIX consiste en entregarse al movimiento de la historia. La idea del siglo XX es confrontarse con la historia, dominarla políticamente (porque después de la Gran guerra nadie podía confiar demasiado en ella). La figura de la relación con el tiempo se convirtió en una figura heroica, aún cuando el marxismo todavía arrastrara la idea de un sentido de la historia.

El proyecto del hombre nuevo impone la idea de que vamos a obligar a la historia, a forzarla. El siglo XX es un siglo voluntarista. Digamos que es el siglo paradójico de un historicismo voluntarista. El problema del siglo radica en el lazo entre la evidencia del poderío bestial del tiempo y la norma heroica del cara a cara”. Norma heroica que alcanzaría una imagen casi paradigmática en la exaltación guevarista de la voluntad revolucionaria.

Resta, finalmente, asomarnos a la dimensión ética de esta violencia revolucionaria y su denuncia del humanismo.

Fanon: “el pueblo colonizado no lleva la contabilidad de sus muertos. Registra los enormes vacíos causados en sus filas como una especie de mal necesario. Porque tan pronto como ha decidido responder con la violencia, admite todas sus consecuencias. Sólo exige que tampoco se le pida que lleve la contabilidad de los muertos de los otros”.

“Nuestras almas bellas son racistas”, dice Sartre, “henos aquí frente al el *striptease* de nuestro humanismo: desnudo y nada hermoso. No era sino una ideología mentirosa, la exquisita justificación del pillaje. ¡Qué bello predicar

la no violencia! ¡Ni víctimas ni verdugos! ¡Vamos! Compréndalo de una vez: si la violencia acaba de empezar, si la explotación y la opresión no han existido jamás sobre la Tierra, quizás la pregonada no violencia podrá poner fin a la querella. Pero si el régimen todo y hasta sus ideas sobre la no violencia están condicionados por un opresión milenaria, su pasividad no sirve sino para alinearlos del lado de los opresores”.

Hay aquí una explícita exhortación al compromiso:

“Lo que el Tercer Mundo espera de quienes lo han mantenido en la esclavitud durante siglos, dice Fanon, es que lo ayuden a rehabilitar al hombre, a hacer triunfar al hombre en todas partes, de una vez por todas. Ese trabajo colosal que consiste en reintroducir al hombre en el mundo, al hombre total, se hará con la ayuda decisiva de las masas europeas. Para eso será necesario primero que las masas europeas decidan despertarse, se desempolven el cerebro y abandonen el juego irresponsable de la bella durmiente del bosque”.

En definitiva, y la historia de la humanidad así lo ha demostrado, el humanismo del Alma Bella y la no-violencia practicada desde la buena conciencia no podía menos que implicar la observación pasiva del mal, la complicidad con las múltiples y opresoras formas de la violencia en la historia.

Hasta aquí, los sentidos cautivantes, promisorios e irrenunciables que fueron conformando una sensibilidad y una mística de la violencia revolucionaria.

A la hora de los balances de la Historia, debe decirse también, que esta potencia mística adquiere otro cariz al enfrentarse, en primer lugar, a la crudeza de su materialidad. La estampa de la muerte heroica o la escena de justicia que la ejecución de un opresor supone se ven irremediabilmente empañadas cuando la sangre real las tiñe y el olor a pólvora las impregna. “La violencia, dice Merleau-Ponty –angustia, sufrimiento y muerte-, no es bella sino en imagen, en la historia escrita y en el arte”.

A la hora de los balances de la Historia, debe decirse también, que esta potencia mística adquiere otro cariz al enfrentarse, en segundo lugar, con el inimaginado abismo abierto entre las esperanzas de los revolucionarios y su destino.

Si la pluma hiriente de Sartre prometía con furor que matar a un europeo era suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido puesto que quedaban un hombre muerto y un hombre libre, lo cierto es que la experiencia revolucionaria setentista ha visto bajar el telón que puso fin al despliegue de su drama

dejando sobre un escenario ruido miles o millones “finalmente qué más da de hombres muertos y una promesa incumplida de emancipación.

A la hora de los balances de la historia es posible ver en aquel abismo, el desolador naufragio de los sentidos de la revolución.

A la hora de los balances de la Historia, me gustaría citar, una vez más a Merleau-Ponty: “Nunca dijimos que toda política que triunfa sea buena. Hemos dicho que una política, para ser buena, tiene que triunfar. Nunca dijimos que el triunfo santificase todo; hemos dicho que el fracaso es una falta o que en política no existe el derecho a equivocarse, y que sólo el éxito torna definitivamente razonable lo que al principio era audacia y fe. La maldición de la política consiste precisamente en esto: que debe traducir los valores en el orden de los hechos”.

Presa de la maldición de la política, nos vemos conminados a condenar aquella furiosa empresa revolucionaria.

Pero a la hora de los balances de la Historia no podemos menos que estremecernos al advertir que su fracaso dejó sin faro, sin lenguaje y sin siquiera esperanza a miles y millones de condenados de la tierra. Y tratando de conjurar aquella maldición, la de la política, a la hora de los balances de la Historia, no podemos menos que reconocer que lo que aquella violencia denunciaba, el poder y la opresión que condenan al hombre y ahogan toda dignidad, han alcanzado desde entonces, dimensiones colosales.

Hay una promesa de emancipación que no hemos sabido heredar, que no hemos sabido renovar, que no hemos sabido reconstruir. En la preocupación que dio origen a aquella promesa había futuros que no fueron pero que estaban allí, futuros que tampoco supimos forjar. Ojalá no renunciemos a hacerlo. Si la vergüenza es un sentimiento revolucionario, como dice Sartre que dice Marx, ojalá nos dé vergüenza ante nosotros mismos y ante los condenados de la tierra, no haber tenido mejor reflejo de pensamiento, que repetir irreflexiva y bobamente fórmulas tan autocomplacientes como fracasadas ya sean éstas tributarias de prosas inflamadas y sangrientas o de las fantasías y sueños cómplices de la bella durmiente del bosque.